

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Con la pena IV



Día lloroso aquí en la Capital del imperio azteca. Más allá de la decidida e inexplicable voluntad que tienen los reos por salir de nuestras cárceles, no hay noticias de relevancia, salvo la de la inopinada victoria de los Pumas sobre el Puebla que tanto ha calentado mi otrora aterido corazón.

Hoy ha sido día de doctores. Estuve primero con mi internista que tiene el feo vicio de empezar su consulta cuando prácticamente todavía no amanece. Es un excelente conversador, pero yo a esas horas no tengo materia prima para entrar en estado de ebullición. Estoy totalmente concentrado en no dormirme. Conversamos acerca de Benedetti. Mi doctor comparte el juicio que he elaborado en cuanto a que Benedetti no es como dicen el más grande escritor del Uruguay. Ése se llama Juan Carlos Onetti. El recientemente finado es un poeta desigual que escribió letras para Nacha Guevara, pero que también desarrolló una obra poética personal respetable. En cuanto al Benedetti narrador, opino que "La Tregua" es una novela impecable que crea, además, un personaje femenino apellidado Avelaneda que ya es un arquetipo en nuestra cultura. Al cabo de las discusiones literarias, sobrevive siempre un asunto central: la literatura es una herramienta que nos fue dada para vislumbrar un paraíso, pero

sobre todo, para adentrarnos en las veredas que conducen al infierno. Aquellos que tienen una idea "mona" de la literatura no están muy a bien con esto del infierno. Yo considero que los grandes autores son esos seres intrépidos que llegan a conocer y a describir el infierno y que viven para contarlo. Ésa es la diferencia, la abismal diferencia, entre Onetti y Benedetti, entre Rulfo y Fuentes, entre Dostoievsky y Turgueniev. Lo que acaban de leer es la habitual materia que ocupa mis consultas con mi internista, por eso son tan gratas y edificantes. Hablar de de la Madrid, ya chole.

Salgo de la tempranera consulta y descubro que, cosa rara en mis días habituales, tengo una hora libre para hacer lo que se me dé la gana. De inmediato me dirijo a la librería "Gandhi" que es una respetable negociación que conozco desde sus orígenes. Por muchos años fui uno de sus visitantes más asiduos que sabía con precisión en qué estante se encontraba el libro que, según mis pronósticos, jamás se vendería: "Historia de la nefasta influencia de los campechanos en la política yucateca". Ahora ya no sé dónde quedó y menos sé si se consumó el prodigio de que alguien lo comprara. Reviso los numerosos estantes y comienzo a sentirme como niño perdido en la selva. Lo peor es que es una selva formada por libros de autoayuda del tipo de "Yo era ninfómana y lo hice rentable", o bien de novelas y relatos

de autores orientales que ya me tienen optudimóder: "El canto de Kuyinori" de Dominike Nike Nike. No compro nada. En mi casa de piedra y flores me esperan para esta tarde lluviosa un ensayo sobre la Decena Trágica, una biografía del "Nigromante" y las Obras Completas de Borges que tendré que visitar para poner al día el espectáculo "Borges con Música". Lo curioso de todo esto es que mis volúmenes de Borges los adquirí precisamente en la librería "Gandhi" en tiempos de Mauricio Achar, mejor conocido como mi amigo "El Gordo".

Ahora estoy con mi cardiólogo que es un viejo magnífico que vive en el semi-retiro y que mucho disfruta de las noticias del imperio que yo le llevo cada vez. Mi electrocardiograma resulta una shulada y, con tal motivo, me voy a comer con bienamados cuates y cuatas. Fue una velada conmovedora, divertida y emocionante. Lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Fue una preparación ideal para el revés que yo sé bien que el sábado me espera. Por hoy, aquí quedo. HOY TOCA. ¡PUMAS!

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDLVI (1556)

La rata MONTIEL.

Cualquier correspondencia con esta columna llovida y libresca, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

